

LA MEDICINA Y LA FARMACIA EN LAS *ETIMOLOGÍAS* DE SAN ISIDORO DE SEVILLA

Joaquín Herrera Carranza y Alejandro Ramos Ruiz

Grupo de Trabajo *Scriptorium Isidori Hispalensis*. Aula de la Experiencia, Universidad de Sevilla.

INTRODUCCIÓN.

En la figura universal de San Isidoro de Sevilla concurren dos trayectorias vitales, definitorias de una dedicación vocacional muy dirigida a la labor constante educadora y pedagógica: 1) la del personaje eclesiástico creador de escuela, escritor de interpretaciones teológicas, arzobispo de Sevilla por largos años y Doctor de la Iglesia; y 2) la del intelectual, pensador, erudito y sabio, recopilador del conjunto de conocimientos heredados del esplendor grecolatino de la Antigüedad clásica ("progresar es crecer en el conocimiento"). En realidad, dos trayectorias que se funden en una única rica personalidad, rancia en sabiduría, cuya huella persistió largamente (su obra está presente en la anchísima amplitud temporal de la Edad Media), y su pervivencia intelectual global llega hasta nuestros días.

Es justamente en su faceta intelectual, versada y culta, cuando aparece su estudio sobre la **medicina**, la **farmacia**, la **salud** y la **enfermedad**. Tal como se expone más adelante, el libro IV de sus famosas *Etimologías* (obra cumbre) reza por título *De la medicina*, donde el doctor sevillano expone sus conocimientos, reflexiones e interpretaciones sobre tan atractivo asunto de índole vital terrenal. El significado excepcional de San Isidoro reside en su acercamiento e interés permanente, también, por los asuntos humanos -la **ciencia**-, precisamente en un momento histórico en el que las inquietudes tendían a orientarse con preferencia hacia los temas eclesiásticos, a los que se dedicó con inusitada lucidez.

LAS *ETIMOLOGÍAS*.

Representa la cúspide del saber enciclopédico medieval. Un completo documento de estudio obligado en todas las escuelas medievales. Incluso en los primeros amaneceres de la incipiente organización universitaria medieval (*studium generale*), allí reposando en los anaqueles de las bibliotecas se encontraba las *Etimologías* de San Isidoro, autor prolijo y concienzudo, figura señera de impronta universal. Un tratado enciclopédico (¡escrito en el primer tercio del siglo VII!) que sigue causando asombro y admiración para cualquiera que se asome a sus páginas. El texto recoge y analiza unos 5.500 términos, según su origen.

En vida de San Isidoro, la distribución de las *Etimologías* en veinte libros de la época la realizó su discípulo y amigo Braulio de Zaragoza, santo también. En el cuadro adjunto

se muestran los veinte libros (en realidad capítulos, en la actualidad), siguiendo la edición de la Biblioteca de Autores Cristianos, 2009 (véase bibliografía):

I.- De la gramática	II.- De la retórica y la dialéctica
III.- De la matemática	IV.- De la medicina
V.- De las leyes y de los tiempos	VI.- De los libros y oficios eclesiásticos
VII.- De Dios, de los ángeles y de los santos	VIII.- De la iglesia y de las sectas
IX.- De las lenguas, pueblos, reinos, milicia, ciudadanos y parentescos	X.- De las palabras
XI.- Del hombre y los seres prodigiosos	XII.- De los animales, de los peces y de las aves
XIII.- Del mundo y sus partes	XIV.- De la tierra y sus partes
XV.- De los edificios y de los campos	XVI.- De las piedras y metales, pesas y medidas
XVII.- De la agricultura	XVIII.- De la guerra y de los juegos
XIX.- De las naves, edificios y vestidos	XX.- De las comidas y de los utensilios domésticos y rústicos

Muchos autores de todos los tiempos han valorado la auténtica aportación de las *Etimologías* al conocimiento científico altomedieval. Como ejemplo, dos juicios del siglo pasado:

"El éxito de la obra se explica fácilmente: las *Etimologías* tenían, en una biblioteca medieval, la misma actualidad que la *Enciclopedia Británica* o el *Larousse* en una biblioteca moderna. Había necesidad de consultarlo frecuentemente", según Gilson, 1976. A esta cita del autor habría que sumarle también nuestro *Espasa* en lengua española.

"Esta obra (*Etimologías*), que apagó durante siglos enteros la sed de cultura de Occidente, se impone hoy a nuestra atención sobre todo cuando nos permite conocer el estado de la **ciencia** en el siglo VII. (...). Fuente máxima del enciclopedismo medieval y objeto de una gran difusión" (Bompiani, 1988).

LIBRO IV DE LAS ETIMOLOGÍAS: DE LA MEDICINA.

A tenor de la opinión del profesor Moreno Toral, de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Sevilla: "El origen del estado de conocimientos médico-farmacéuticos que hallamos en los siglos VIII y IX en Al-Andalus, está caracterizado por el denominado modelo monástico reflejado, como paradigma, en el libro IV de las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla (560-636)".

Dicho libro IV, que reza por título *De la medicina*, a su vez, ofrece el siguiente mosaico de subdivisiones o apartados:

Libro IV: De la Medicina	1.- Sobre la medicina
2.- Sobre su nombre	3.- Sobre los inventores de la medicina
4.- Sobre las tres escuelas médicas	5.- Sobre los cuatro humores del cuerpo
6.- Sobre las dolencias agudas	7.- Sobre las enfermedades crónicas
8.- Enfermedades que aparecen en la superficie del cuerpo	9.- Sobre los remedios y las medicinas
10.- Sobre los libros de medicina	11.- Sobre los instrumentos médicos
12.- Sobre los perfumes y ungüentos	13.- Sobre el principio de la medicina

A continuación se exponen algunos comentarios sobre puntos sobresalientes de la obra isidoriana.

Sobre la medicina, su nombre y sus inventores (puntos 1, 2 y 3). Isidoro afirma que la medicina es la ciencia que protege o restaura la salud del cuerpo, y su campo de acción lo encuentra en las enfermedades y heridas. Además del papel del médico y los remedios que procura son importantes en este cometido la comida, la bebida, el vestido y el abrigo, para la defensa y protección. Su nombre (medicina) deriva de *medida*, es decir de moderación. Con lo comedido se siente placer. Y ofrece un buen consejo: de modo que quienes beben, en exceso o con asiduidad, pócimas y antidotos, suelen padecer enfermedades. Sobre los inventores de la medicina, toma en consideración a Apolo, Esculapio e Hipócrates. Apolo es el autor y descubridor de las artes médicas y su hijo Esculapio la desarrolló con una dedicación digna de encomio. Después de la muerte de Esculapio, la ciencia pereció al igual que su artífice. Después, "sacóla de nuevo a la luz Hipócrates, descendiente de Esculapio".

Enfermedades que aparecen en la superficie del cuerpo (punto 8). Este es uno de los apartados de mayor interés y que ha sido objeto de estudios concienzudos, no en vano la piel es el órgano más extenso del cuerpo humano y muchas de sus alteraciones patológicas se visualizan, como es lógico, externamente. Así el profesor García Pérez pronunció, en la sesión del día 20 de febrero de 2001, de la Real Academia de Medicina, su discurso de ingreso, como académico numerario, con el título *De morbis qui in superficie corporis videntur (San Isidoro de Sevilla, año 621): Primer texto de Dermatología en España*. En el resumen del mismo expone que se trata del "primer texto dedicado específicamente a la Dermatología en Europa. A su vez, según el plan general de la obra, que incluye cada término con su origen y su definición, el libro IV (De medicine) sería el más antiguo diccionario terminológico médico que se conoce".

Sobre los remedios y las medicinas (punto 9). Primero manifiesta una declaración solemne de fe en los medicamentos: "No han de rechazarse los remedios medicinales, ya que sabemos que Isaías le dio una medicina a Ezequías, que se encontraba enfermo, y que el apóstol Pablo le dijo a Timoteo que un poco de vino es saludable".

Es en esta parte donde Isidoro traza los tres procedimientos disponibles para la curación de las enfermedades:

Farmacía , que los latinos llaman medicamentos. Curación mediante medicamentos.
Dieta , que los latinos denominan régimen. Consiste en la observación de un sistema de vida.
Cirugía , conocida en latín como operación manual. Intervención por medio de un instrumental.

El orden que establece, según el tipo de enfermedad, es: primero, el **dietético**; segundo, el **farmacéutico**, y el tercero, el **quirúrgico**, pues, cuando no se experimenta reacción ante el remedio de los fármacos, es preciso operar con el bisturí. Después de más de mil quinientos años no andaba muy descaminado el santo hispalense.

Da cuenta, en el tema de la farmacia, que la más antigua medicina utilizaba solamente hierbas y jugos de plantas. Así empezó la práctica médica a la que se incorporaría después el empleo de la lanceta y de medicamentos de todo tipo. Información que habla a las claras de las dotes de observación y puesta al día de sus conocimientos científicos en materia del arte de la cura. Y, como ejemplo, la aplicación de los apósitos: "redondo a una herida redonda o alargado, si ésta es alargada; y es que el vendaje no es idéntico para todos los miembros y heridas, sino que cada uno debe guardar similitud con el lugar en que se aplica".

Ahora bien, lo que llama poderosamente la atención es su finura científica para identificar los medicamentos: todos los medicamentos reciben sus nombres de los componentes que los integran. En la actualidad, salvando los más de mil quinientos años que nos separan de su figura, en un medicamento, la responsabilidad de la acción farmacológica y, por tanto, de la respuesta terapéutica, es el principio activo (o los principios activos, en su caso), es decir, la molécula (o las moléculas, en su caso).

Para la posteridad, Isidoro, nos ha legado, en este lugar, algunos de los siguientes términos farmacéuticos (medicamentos y formas galénicas o farmacéuticas):

<i>Arteriaca</i> (apropiada para la garganta y la traquea), <i>Tiriaca</i> (antídoto), <i>catártica</i> (en latín purgante), <i>catapotia</i> (píldora, comprimido tragable), <i>diamorón</i> (de las moras que entran en su composición), <i>diacodión</i> (se prepara con la adormidera), <i>diaspermatón</i> (compuesto de semillas), <i>electuario</i> (fácil de tomar), <i>trocisco</i> (pastilla, por tener forma de ruedecilla), <i>colirios</i> (limpian los defectos de los ojos), <i>epitema</i> (por colocarse encima de otros remedios previamente colocados), <i>cataplasma</i> (por servir sola como remedio), <i>emplasto</i> (porque se implanta), <i>malagma</i> (sinapismo), <i>enema</i> (lavativa; en latín relajación), <i>pesario</i> (se aplica en el interior).

Todo lo anterior se asemeja, quiero entender, a un antecedente remoto de los manuales de Farmacia Galénica, aunque escrito en el siglo VII, de autoría isidoriana. A

este respecto, él mismo describe algunos procedimientos de preparación (laboratorio), como, por ejemplo, la *malagma* (sinapismo), porque se macera y se asimila sin necesidad del fuego (parece extraído de un manual de procedimientos).

Aunque, a decir verdad, también parece vislumbrarse lo que se podría considerar la descripción incipiente de algún mecanismo de acción. En efecto, con relación a la *tiriaca*, Isidoro, dice que es un antídoto a partir de la ponzoña de serpientes que contrarresta otros venenos, de manera que un mal con otro sana. Cierto es; todo es cuestión de calcular bien la dosis. El equilibrio vital se puede conseguir mediante la aplicación de los remedios *ex similibus* o bien *ex contrariis*.

Sobre los libros de medicina (punto 10). En esta parte del discurso isidoriano sobre la medicina abre dos frentes: 1) el que se puede considerar genuino médico; y 2) continuación del farmacéutico (o farmacológico). Dice, con relación al primero, que *pronóstico* es la conjetura sobre las enfermedades, y recibe su nombre de *praenoscerere* (conocer de antemano). Resulta muy conveniente que el médico conozca el pasado y sepa el presente para prever el futuro. Hoy es la historia clínica personal del enfermo.

En el segundo recoge, de nuevo, la necesidad del conocimiento adecuado de las plantas medicinales: "*dinamidia* (eficacia) es el poder de las hierbas, es decir, su virtud y sus posibilidades", que, para nosotros, no es otra cosa que su acción y aplicación. Veamos: "En los tratamientos con hierbas, su virtud se llama *dynamis*", concepto que se manejaba ya, al parecer, en la medicina romana. "De ahí que llamen *dinamidia* a los libros en que se recogen sus propiedades medicinales". Y: "*Botánico herbario* es aquel en que se catalogan las plantas".

Al parecer, Isidoro es quien propuso la voz *dinamidia* para definir las cualidades y posibilidades de ciertas especies vegetales, frecuentándose esta terminología en los siglos posteriores: "Se cree que San Isidoro ideó la palabra *dinamidia* para evitar el uso del término teológico 'virus' para los objetos inanimados" (Guerrino, consultar bibliografía). Fármaco-*dinamia* es un término científico y académico actual.

En cualquier caso, se recomienda la lectura del texto, editado por Ferraces, *Isidorus medicus. Isidoro de Sevilla y los textos de medicina*, (véase bibliografía), para profundizar en los términos latinos, etimología y significado, utilizados por el Maestro de la Edad Media, dado que en el presente trabajo no se puede abordar en profundidad esta cuestión. También el libro *Medicina en las Etimologías de San Isidoro* de los autores López Piñero y Ferrándiz Araujo es muy oportuno a este respecto.

Sí procede, en este contexto descriptivo de las nociones farmacéuticas isidorianas, una referencia somera a las **boticas monásticas**. Desde aquella Antigüedad Tardía (el tiempo de Isidoro), progresivamente los monjes boticarios o herbolarios, metódicamente a lo largo de la Edad Media, fueron desarrollando un *modus operandi* propio, que garantizaba el cuidado primoroso de la parcela del huerto monacal

destinado al cultivo de las plantas medicinales; también, lógico, la selección esmerada, la recolección (fundamental el momento justo y sujeta a ritos e invocaciones), la preparación primaria (corteza, tallo, hojas, inflorescencias, raíces, bulbos, etc.), la extracción del contenido (la virtud), es decir, la elaboración, según arte y técnica, de los extractos medicinales, simples y compuestos (las pócimas). Una vez confeccionado se guardaban en el pocionario, próximo al laboratorio con sus retortas, alambiques, recipientes, vasijas, orzas, morteros, almireces, etc. Y, una dedicación singular: la redacción, en el *scriptorium*, de los formularios (libros), fruto de la experiencia cotidiana transmitida, dignos de la más alta escuela práctica de enseñanza (dibujos y miniaturas) de la Botica y *botánico herbario*, que recomendaba Isidoro. Las fuentes principales: Hipócrates, Galeno, Dioscórides, Plinio, Celso e Isidoro.

Las plantas medicinales, que aún forman parte del arsenal terapéutico de hoy, han significado, a lo largo de todos los tiempos, un caudal inagotable de materia prima farmacológica y una fuente riquísima de conocimientos, fruto de la observación paciente y el estudio sereno por parte de los hombres de ciencias interesados en la medicina. Incluso en la Biblia encontramos oportunas y acertadas citas sobre ellas y la misión del médico y del farmacéutico. Así del *Eclesiástico*: 1) "El Señor hizo brotar de la tierra las plantas medicinales y el hombre prudente (sensato) no las desprecia" (versículo 4); y 2) "Con estos remedios el médico cura y quita el dolor, y el farmacéutico prepara sus ungüentos" (versículo 7).

En la edición de las *Etimologías* (BAC, 2009), que se toma como referencia constante en el presente trabajo, el *index botanicus* (índice botánico) registra más de quinientos (500) términos relacionados con la ciencia botánica, estudiada desde los albores de la humanidad, lo que reafirma el amplísimo espectro de conocimientos del docto sabio hispalense. Después de cinco siglos del gaditano Lucio Columela (siglo I dC), primer 'botánico' andaluz del que se tiene constancia escrita, aparece la figura gigante de Isidoro en este campo del saber.

Y una evidencia más de hasta dónde llega el instruido Isidoro. Elijo la recolección detallada de la materia prima de la escamonea (*scammonia*), "a la que los latinos denominan *acridium*, es una planta llena de jugo que se recoge cavando al pie de la raíz: se hace un hoyo redondo y, colocando bajo la raíz una cazoleta u hojas de nogal, se recoge en ellas la savia, retirándolas cuando se haya agotado. La más apreciada suele venir de Misia, en Asia. Hay otra diferente y falsa, procedente de Siria o de Judea" (libro XVII, punto *Hierbas aromáticas o comunes*). Es fácil comprobar, igualmente, sus conocimientos de geobotánica y siempre atento a las posibles falsificaciones (en lenguaje actual "que no nos den gato por libre").

De los instrumentos médicos (punto 11). Aquí también Isidoro delimita dos áreas: 1) la quirúrgica; y 2) la farmacéutica. Los instrumentos quirúrgicos que documenta son, entre otros:

Enchiridion (lanceta, porque cabe en una mano), *flebátomo* (bisturí), *ancistrum* (escalpelo), *guva* (ventosa, llamada por los latinos calabaza, por su forma o aspecto; también ventosa por el suspiro que deja oír).

Del quehacer farmacéutico, Isidoro, continúa con sus explicaciones sobre algunas operaciones farmacéuticas de elaboración de los preparados, dando cuenta, al mismo tiempo, de los dispositivos e instrumentos de laboratorio imprescindibles para la elaboración:

Pila o *pisula* (mortero, porque se pisan o se trituran las semillas), *pilum* (almirez, en los que *pinsetur*, o sea, se muele la harina; también en la *pila* o mortero), *coticula* (mortero pequeño).

Sobre los perfumes y ungüentos (punto 12). Cuestión, lógicamente, muy relacionado con las operaciones farmacéuticas básicas. Los términos usados son los que se indican:

Odor, tiene su origen en *aer* (aire), *thymiana* (incienso) y *thymun* su flor, *tetraidos* (clase de incienso con cuatro pigmentos), *stakté* (esencia de mirra, que se destila por presión), *mirobálamo* (se extrae de una bellota olorosa), *oleo* (aceite puro, no mezclado con ningún otro ingrediente).

Se detiene en la explicación del *ungüento* (todo lo que se fabrica de óleo común mezclado con otras sustancias) y sus clases. Inmejorable la apreciación del documentadísimo sabio: todos los ungüentos se extraen de las flores. Los clasifica en simples y compuestos. Los simples con una única materia básica y el olor que exhalan corresponde a su nombre, como el *anetino* (óleo y *aneto*), *rosáceo* (de la rosa), el *ciprino*, extraído de la flor llamada *cypros*; los compuestos, se preparan con diversas mixturas y no desprenden un olor determinado.

Da a conocer que se elaboran ungüentos (pomadas) que reciben el nombre según su lugar de origen, como el *telino*, que recuerda a Julio César cuando dice: "ungimos su cuerpo con el suave telino". Se fabricaba en la isla de Telo.

Otros, en cambio, se bautizan con el nombre del inventor, como el *amaracino*. Y narra una bonita fábula: "Cuentan que un cierto principito llamado Amaraco, mientras transportaba una serie de muy diferentes ungüentos, resbaló, y en caída, al mezclarse los ungüentos, resultó un perfume mucho más oloroso. De ahí que hoy día a los mejores perfumes se les denomine *amaracinos*".

En otro lugar del compendio enciclopédico (punto 7 del libro XX) deja constancia detallada del recipiente adecuado para los ungüentos: "El *alabastrum* es una vasija para conservar ungüento; recibe su nombre de la piedra con que está fabricada, llamada alabastro, y que conserva los ungüentos sin que éstos se corrompan. Las

pyxides son pomos para ungüentos; están fabricados en boj. (...). La *lenticula* es también un pomo para ungüentos, fabricado en cobre o en plata; su nombre deriva de *linire* (ungir), pues con él se ungían los reyes y los sacerdotes".

De estas materias del libro IV, en los que el maestro Isidoro, quien, por cierto, no era médico, trata sobre aspectos científicos y técnicos, inherentes a su época, merece interés enfatizar, entiendo, sobre los conocimientos más farmacéuticos de nuestro personaje, siempre con una doble mirada: 1) dirigida a la enseñanza y aprendizaje por parte de los monjes ávidos de conocimientos, prácticos sobre todo; y 2) por ello, conocimientos aplicados al ejercicio de la *praxis* médica. Veamos otro ejemplo de lo que enseña Isidoro:

Explica la elaboración de los jarabes (*pigmenta*), que por "manejarse en la *pila* (mortero) y en el *pilum* (almirez) reciben este nombre, que viene a ser como *piligmenta*". Del mortero refiere que es una especie de vaso cóncavo muy útil para los menesteres médicos, porque en él se preparan las tisanas y, además, en el mortero se reducen a polvo las semillas con las que se embalsamaban los muertos. Y, llega aún más lejos en sus recomendaciones farmacéuticas. En efecto: cuando se refiere a *coticula* (mortero pequeño), donde se disuelven los colirios dándoles vueltas, y "será de material blando, pues, de lo contrario, más que disolver el colirio puede quebrarlo".

También entra en la discusión acerca de los *elementos contrarios y semejantes* en el arte de la cura. Toda curación comporta el empleo de elementos contrarios y semejantes. Así, lo que en griego se dice antídoto viene a significar, para un latino, contraveneno, ya que, de acuerdo con el criterio médico, las enfermedades se sanan con lo contrario, aunque también se puede curar con lo semejante. Toma como ejemplo la *pikrá* (amargo): la amargura de la enfermedad se neutraliza con su amargura.

Lo expuesto confirma una cuestión a la que aluden con frecuencia conocedores e investigadores de la magna compilación que significaron, y siguen significando, las *Etimologías*: el *Hispalense*, *Doctor Hispaniae*, no se limitó exclusivamente a la labor ingente de recoger y agrupar temáticamente los saberes heredados de la Antigüedad, sino que, además, con frecuencia, fue capaz, gracias a la riqueza de la formación que se había procurado, junto con la documentación disponible en la biblioteca (libros y fichas), de aportar interpretaciones y consejos en campos muy diversos del conocimiento, como los ejemplos examinados, extraídos del libro IV (*De la medicina*).

En este sentido, Isabel Velázquez al enjuiciar el léxico de tres obras del polígrafo hispalense (*Differentiae*, *Synonyma* y *Etimologías*), afirma: "En ellas el autor analiza un léxico amplio y muy diverso y ofrece datos preciosos sobre el mismo, la mayoría de las veces copiando y trasladando lo que ha leído en otros autores y, en ocasiones, aportando reflexiones y opiniones personales".

OTROS TEMAS MÉDICOS Y FARMACÉUTICOS TRATADOS EN LAS *ETIMOLOGÍAS*.

Isidoro, también nos habla de la base de la vida sana, *De la comida* (libro XX, punto 2), "pues el cuerpo no puede subsistir si no se le proporcionan fuerzas con los alimentos. Y es que alimento es aquello con que nos alimentamos; *alimonium* es el cuidado de alimentarnos". Nos recuerda que, en su época, "la simple comida consta de dos elementos necesarios -el pan y el vino- y otros dos superfluos, que son todas aquellas cosas que, para alimentarse, se buscan en la tierra y en el mar".

En otros lugares de su producción científica, en el contexto de las *Etimologías*, se localizan más aportaciones reconocibles acerca de la botica y las fórmulas farmacéuticas curativas (libro XVII, *De la agricultura*, puntos 8 y 9, *Árboles aromáticos e Hierbas aromáticas*). De esta suerte, por ejemplo, cuando se refiere al limonero (*medica arbor*): "*kedrómelon*, para los griegos, y *citria*, para los latinos, porque su fruto y sus hojas expanden un olor de cedro; su fruta es un antídoto contra los venenos". Del mirto (*myrice*), reconoce que los libros de medicina enseñan que este árbol es apropiado a numerosas necesidades de las mujeres. Del euforbio (*euphorbium*) es así llamado porque su savia aguza la visión de los ojos.

Del libro XVI (*De las piedras y los metales*), extraemos: "con el nitro (*nitrum*), cuya naturaleza es muy parecida a la sal, tiene las mismas propiedades que ésta y se produce de igual manera, por secarse en los litorales blanquecinos, se elaboran medicinas y se lavan las manchas de los cuerpos y los vestidos" (punto *Sobre los productos térreos procedentes del agua*). Hay, prosigue, además, otras muchas piedras apropiadas para usos medicinales, en forma de droga o pomada; la más importante es el *etesius* (entrada *Piedras relevantes*). En el mismo punto último revela con todo lujo de detalles: "la *dyonisias* es una piedra de color oscuro y moteada de pintas rojizas. Se llama así porque si, machacada, se mezcla con agua, ésta adquiere el olor del vino y, lo que es más admirable, sirve de remedio contra la embriaguez".

En la anterior reseña, Isidoro, da buena cuenta de los siguientes pasos: 1) identificación de la materia prima (la piedra *dyonisias*), por sus características singulares externas (color oscuro y moteada de pintas rojas); 2) una operación farmacéutica, la pulverización (se machaca); 3) una identificación química de confirmación (olor de vino); y 4) la aplicación terapéutica contra la embriaguez.

Ahora bien, como desde tiempos inmemoriales la picaresca se ha hecho siempre presente, Isidoro advierte con autoridad: "La pimienta es liviana cuando es antigua; en cambio, si pesa, es nueva. Hay que evitar el engaño de los mercaderes, que suelen esparcir litargirio o plomo (denota un gran conocimiento de la materia) sobre la pimienta muy vieja, después de humedecerla, para que gane en peso".

Y, en este mismo proceder, del árbol del bálsamo asevera que "destila una resina (gomorresina) de extraordinario olor que se adultera mezclándola con aceite de Chipre

o con miel. Pero puede comprobarse que no está mezclado con miel si se coagula con leche; y que está libre de aceite si, echándole o añadiéndole agua, se disolviera fácilmente; y también si se comprueba que no mancha los vestidos de lanas. En cambio, si está adulterada, no se coagula con la leche, flota en el agua como si fuera aceite y mancha los vestidos" (punto 8, *Árboles aromáticos*). Aquí, Isidoro, relata unos fenómenos que se relacionan, incluso, con la base de los procesos fisicoquímicos de las reacciones entre las sustancias.

Más detallada, si cabe, es la descripción de la obtención del albayalde, si bien, en la parte reservada a los colores (punto 17 del libro XIX): "El albayalde se elabora de la siguiente manera: en un recipiente lleno de vinagre de la mayor acidez coloca sarmientos amíneos dentro de la misma vasija, y encima de los sarmientos pon unas delgadísimas planchas de plomo; cierra enseguida el recipiente y lácralo de forma que no tenga respiradero alguno. Al cabo de treinta días abre la vasija, y de la destilación de las planchas obtienes el albayalde natural. Una vez recogido y dejado secar, se tritura; añádesele nuevamente vinagre, se corta en pastillas, y se deja secar otra vez al sol. Una observación: si encima de los sarmientos colocas láminas de cobre, éstas producen herrumbre. *Chalcanthum*".

El albayalde (carbonato básico de plomo) fue utilizado desde la antigüedad (descrito por Plinio en su *Naturalis historia*), hasta bien entrado el siglo XIX, tanto como pigmento blanco de referencia, como para la elaboración de fórmulas farmacéuticas, muy posteriormente (ungüento blanco simple, ungüento alcanforado, emplasto de albayalde, etc.), aunque, el maestro Isidoro, aquí, sólo se refiere al compuesto químico en su vertiente de pigmento (pintura). Ahora bien, sin entrar en detalles, da conveniente cuenta (denota muy buena información) de las condiciones fisicoquímicas de elaboración: fuerte acidez (vinagre), hermeticidad del recipiente (evitar el intercambio gaseoso con el exterior y fuga), destilación final, proceso de secado, etc. Y, se trocea en 'pastillas'. Obviamente, las láminas de cobre (posiblemente contaminadas, en aquel tiempo, con hierro), en medio ácido (vinagre), originan la especie de herrumbre (*chalcanthum*), citada por Isidoro.

De las aguas, es muy difícil resistirse a exponer el bellísimo canto que dedica Isidoro al principio esencial de la vida en nuestro planeta (punto 12 del libro *Del mundo y sus partes*): "Hay dos elementos fundamentalísimos para la vida humana: el fuego y el agua(...). El elemento acuático supera a todos los demás: las aguas atemperan el cielo, fecundan la tierra, se incorporan al aire cuando se evaporan, ascienden a las alturas y toman posesión del cielo. ¿Qué hay más maravilloso que las aguas que ocupan el cielo? Pero no es lo más admirable que se remonten a las alturas; es que, además, se llevan consigo bancos de peces; esparcidas por la tierra, son causa de todo cuanto nace: dan vida a las cosechas, propagan los árboles, los frutales y las hierbas, lavan manchas, limpian los pecados, proporcionan bebida a todos los seres animados".

Sobre la diversidad de las aguas, nos ilustra sobre la disparidad de la naturaleza de las aguas y sus posibles aplicaciones sanitarias: unas tienen sal; otras, nitro; otras, alumbre; otras, azufre; otras son bituminosas; y las hay que sirven de remedio a las enfermedades. Así, cerca de Roma, las aguas de Albula sanan las heridas. En Italia, la fuente de Cicerón cura las heridas de los ojos, etc.

En fin, para terminar, ¿qué decir de los antecedentes remotos de la anestesia y los anestésicos que revolucionaron la cirugía? He aquí lo que sabe Isidoro y enseña para general conocimiento: "la corteza de *mandrágora*, mezclada con vino, se da a beber a aquellos cuyo cuerpo es preciso intervenir quirúrgicamente, a fin de que, sumidos en el sopor, no sientan el dolor de la operación". Alude, por tanto, a un vino de mandrágora, como preparado farmacéutico.

A MODO DE CONCLUSIÓN.

En el presente trabajo hemos intentado exponer una visión general de los conocimientos farmacéuticos del Doctor Isidoro de Sevilla, contenidos en el libro IV (*De la medicina*) de las *Etimologías*, un libro, por cierto, que está considerado por muchos autores como el primer **diccionario enciclopédico médico** de la historia de Occidente, aunque también las cuestiones farmacéuticas se localizan en otros libros de la magna obra. Si hacemos una extrapolación al conjunto de los 20 libros de las *Etimologías*, la creación isidoriana es sencillamente asombrosa y nos deja un tanto perplejos en cuanto a su capacidad de síntesis y concreción en la amplitud de los temas abordados. La herencia científica de los conocimientos universales que la Edad Media recibió.

BIBLIOGRAFÍA.

Bompiani V (1988). *Diccionario de Autores. De todos los tiempos y de todos los países*, volumen III. Barcelona: Editorial Hora, p 1332.

Ferraces A (2005). *Isidorus medicus. Isidoro de Sevilla y los textos médicos*. La Coruña: Universidad de La Coruña.

García Pérez A (2001). *De morbis qui in superficie videntur. (San Isidoro de Sevilla, año 621): Primer texto de Dermatología en España*. Anales de la Real Academia de Medicina, volumen CXVIII, p 219.

Gilson E (1976). *La filosofía en la Edad Media*. Madrid: Gredos. Biblioteca Hispánica de Filosofía, p 142.

Guerrino AE (1969). Historia de la mandrágora. En: *Medicina e Historia*. Barcelona: Publicaciones Médicas Biohorm, fascículo LIV, p 7.

López Piñero JM, Ferrándiz Araujo C (2008). *Medicina en las Etimologías de San Isidoro*. Murcia: Real Academia de Medicina y Cirugía de Murcia.

Moreno Toral E (1998). *Farmacia y profesión en Al-Andalus (siglos VIII-XV)*. Sevilla: Consejo Andaluz de Colegios Oficiales de Farmacéuticos, p 37.

San Isidoro de Sevilla (2009). *Etimologías*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Velázquez I (2004). Formación de palabras en las Etimologías de San Isidoro de Sevilla: un reflejo de la lengua viva de su época. *Aemilianense*, I, p 602.